



Alejandro

Palomas Una madre



DESTINO

Una  
madre

Alejandro  
Palomas

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1464

© Alejandro Palomas, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición en Ediciones Destino: marzo de 2019

Primera edición en esta presentación: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-233-6647-7

Depósito legal: B. 17.976-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# Uno

Mamá había dicho que ella misma compraría las flores, pero con tanto ajetreo se le ha olvidado pasar esta tarde por la floristería y nos hemos quedado sin. Ahora cuenta uvas a mi lado. Las arranca delicadamente del racimo mientras escucha la radio que suena a tres bandas en el pequeño apartamento: en el transistor que está en la encimera de la cocina, en el que se ha dejado encendido en su habitación y, por último, en el que tiene instalado en el cuarto de baño y que raras veces apaga. Sentados a la mesa del comedor, ella cuenta uvas y yo doblo las servilletas rojas con estampados navideños mientras en el horno se enfría la crema de espárragos y un asado de algo que supuestamente debería ser pavo pero que parece otra cosa.

Al otro lado del ventanal es noche cerrada. En el suelo, junto al sofá, duerme acurrucado Max. Tiene la cabeza apoyada en un pequeño charco de babas y da patadas en sueños. Shirley, la perrita de mamá, duerme junto a él en la cesta, tapada con su manta de cuadros.

Barcelona. Hoy es 31 de diciembre.

—Seremos cinco —dice mamá—. Eso sin contar a Olga, claro. —Olga es la novia de Emma, o, como la llama Silvia cuando no tiene a Emma a tiro, «la añadida», de ahí que mamá siempre la cuente aparte. Y no es que lo haga con desprecio. Simplemente cuenta como cuentan las madres: los míos a un lado, los demás al otro. Aquí mi sangre, allí lo que no la tiene—. Aunque tío

Eduardo llegará un poco más tarde, porque su vuelo lleva retraso —aclara, apartando doce uvas y metiéndolas en el primer bol. Luego sigue contando. Al ver que no digo nada, para y me mira—. ¿Pasa algo?

Niego con la cabeza. Mamá está nerviosa e ilusionada. Lleva así unas semanas, desde que tiene la certeza de que esta noche estaremos todos. Por fin, después de tantos intentos frustrados, los que somos su sangre nos sentiremos a la mesa a celebrar el fin de año y brindaremos juntos. Es un gran día para ella y no lo disimula, porque no sabe hacerlo. Desde que se divorció de papá, siempre ha pasado algo, algo ha terminado torciéndose y la cena de Nochevieja ha estado coja. La primera Navidad, Emma se quedó colgada casi un mes en Argentina porque la compañía aérea en la que viajaba se había ido a la quiebra, dejando al pasaje de todos sus vuelos en tierra. Tío Eduardo fue el siguiente en faltar: decidió un año más tarde irse a vivir a Lisboa y estaba por esas fechas a la espera de recibir el par de contenedores llenos de muebles que al parecer se habían perdido por el camino y que por fin habían aparecido en Tánger. Y el año pasado nos tocó a Max y a mí. El día 31 a mediodía, mientras jugaba con él en el parque, su pelota rebotó contra un árbol y salió despedida a la calle. Max hizo lo que jamás había hecho hasta entonces: echó a correr tras la pelota como si le fuera la vida en ello y al salir a la calle un 4x4 se lo llevó por delante. Pasamos la noche en urgencias de la Facultad de Veterinaria, él milagrosamente ileso, aunque en observación obligada; yo con dos trankimazines en vena, tumbado en una camilla entre Max y un shar pei con cara de buda enfurruñado que no paraba de aullar porque al parecer tenía un no sé qué en los intestinos, así que para mamá la cena fue de nuevo un mar de pocas luces y muchas sombras.

Esta es, por fin, la noche de mamá, y ella lleva en danza desde las seis de la mañana, tan emocionada que, entre los nervios, la torpeza que la caracteriza y lo poco

que ve, llevamos un récord de damnificados adicionales amontonados junto al cubo de la basura.

—Saca eso antes de que llegue Silvia, por favor, Fer —me suplica con cara de angustia antes de sentarse con las uvas a la mesa—. Ya sabes cómo se pone tu hermana cuando rompo algo —añade al tiempo que mira de reojo la bolsa con los restos de la lámpara de porcelana, tres vasos, dos marcos de fotografías, una jarra de agua y una tetera supuestamente china que hasta la fecha era la estrella de su colección de horrores en miniatura, cortesía de un periódico que ella se niega a leer, pero que compra «por los regalos».

Ahora me mira desde su lado de la mesa y de repente hay en sus ojos tanta ilusión contenida, tantas ganas de que la noche sea un éxito y de tenernos a todos aquí que, a pesar del día que me ha dado, reprimo las ganas de abrazarla y decirle que no se preocupe, que todo va a salir bien.

—¿Tú crees que les gustará? —pregunta por enésima vez, volviéndose a mirar el horno—. Es que... estaba pensando que a lo mejor es poca comida. Aunque, claro, también están las dos ensaladas, y tío Eduardo seguro que llega con algo del Duty Free. Y además quedan los turrónes que trajo Silvia el día de Navidad, y...

—Cálmate, mamá —la corto con suavidad—. Habrá comida de sobra.

Debemos de haber tenido esta conversación al menos una decena de veces en las últimas tres horas. ¿Llegará la comida? ¿Será suficiente? ¿Les gustará? ¿Hace mucho calor? ¿No sería mejor que bajáramos un poco la calefacción? ¿Encendemos ya las velas o esperamos a que lleguen? ¿Y el aperitivo? Ah, ¿sin aperitivo?

¿Tú crees?... Preguntas. Mamá lanza preguntas al aire como si fuera repasando los ingredientes de una receta que ya no permite demasiados retoques, porque la hora es la que es y a estas alturas deben de estar todos en camino. Sus preguntas esconden otras de distinto calado,

y solapan las que realmente la tienen así, sufriendo por adelantado, entre la ansiedad y una emoción casi infantil que no ha aprendido a controlar a pesar de los años: son esos interrogantes que la atormentan y que ni ella ni ninguno de nosotros podemos resolver de antemano, porque algunas familias son así —somos así—, así de intensas, así de imprevisibles y de arrebatadas; son esos interrogantes que, si mamá se atreviera a darles voz, sonarían así: «¿Tú crees que Silvia se comportará y no se las tendrá con Olga? ¿Y que no empezará a hablar de política y a cargar contra los bancos o contra tu padre y tendremos la fiesta en paz? ¿Y tío Eduardo no nos contará ninguna historia de esas cochinas de sus viajes que a Olga la ponen así tan... tan...? Y dime que no se presentará ningún vecino del edificio, como hace dos años, cuando apareció el señor Samuel, el del 1.º C, con la pobre cubana mulata esa medio desnudita, preguntando si teníamos una botella de ron, y la cubana que luego volvió porque se quería quedar con nosotros y... ay, hijo, dime que no».

Y es que, aunque desde que papá ya no está se han liberado muchos nudos y mucha tensión con los que afortunadamente ya no nos toca lidiar y la cena de Nochevieja se ha suavizado mucho, el fin de año es una fecha que a esta familia se nos atraganta. Por eso llegamos tensos a esta noche, decididos, cada uno desde su rincón de vida, a corregir en lo posible la intensidad del año anterior y pasar una velada ligera, charlando tranquilamente de naderías y compartiendo un sentido del humor en el que todos nos reconocemos y que nos hace más familia, que nos habla mejor de lo que somos juntos.

Hasta la fecha, los intentos han sido siempre fallidos.

A eso hay que sumarle que desde hace unas semanas algo parece haber puesto en alerta a mamá. Está inquieta, preocupada. Sin saberlo, barrunta cosas que todavía le son ajenas, verdades todavía no perfiladas. Luces y sombras. Está torpe. Hace más ruido.

No imagina que quizá tenga razones para estarlo.  
Razones que desconoce.

Todavía.

—No, no me pasa nada —respondo, intentando olvidar la última cena en la que estuvimos todos y tío Eduardo quiso sorprendernos con un «regalazo» (así lo anunció él, golpeando con una cucharilla la copa de champán, con tan mala suerte que la copa quedó hecha trizas al tercer golpe y sembró de cristales el mantel). El regalo en cuestión fueron unas carpetas de colores con información detallada de cómo hacernos socios de Dignitas, la sociedad esa de suizos que ayudan a suicidarse al mundo. A la carpeta había adjuntado una copia del formulario para redactar el testamento vital. Olga, católica de la rama amarga donde las haya, se había puesto verde; y Emma se había echado a llorar así, como llora ella, sin hacer ruido, porque acababa de morírsele su perra Lúa y de repente se sentía culpable ahora no me acuerdo de qué. Luego los mayores habían bebido un poco de más, y tío Eduardo se había caído por las escaleras (mamá vive en un primero) y habíamos tenido que llamar a una ambulancia. Durante el trayecto al hospital no dejó de agitar en el aire su copia del testamento vital mientras le gritaba al enfermero, arrastrando las palabras como un viejo beodo: «¡Sois todos unos asesinos y unos mariquitas, pero conmigo no vais a poder! ¡Demonios, más que demonios!».

Sí, dejando a Olga a un lado, seguimos siendo cinco. Dos generaciones de hermanos: la de mamá —tío Eduardo y ella— y la mía —Silvia, Emma y yo—, como dos raíles en paralelo cruzando el tiempo, separados esta noche por la mesa, los platos, las copas y las interpretaciones múltiples de nuestra historia en común.

Sin papá. Sin los abuelos.

Ellos muertos. Él ido. Ausentes todos.

Y yo aquí, contando uvas con mamá como si nada, temiendo —como ella— lo que quizá depare la noche



en esta mesa puesta para siete. «Que nada se tuerza, por favor, que nada se tuerza», la adivino pidiendo en silencio, mientras recuerdo de pronto la confesión que hace apenas cuarenta y ocho horas me ha hecho Silvia y cuyo peso noto desde entonces sobre los hombros como una segunda piel.

Y es que en mi radar particular palpita desde hace unas horas una luz roja que conozco bien. Es una luz que titila, cada vez más clara, en la pantalla rectangular de mi mente, roja sobre fondo blanco como las servilletas que ahora doblo.

A un lado de la mesa, mamá inspira hondo y saca despacio el aire por la nariz. A este lado, yo la miro y la siento cerca. Mamá es parte de mí, de lo que me gusta y no me gusta tener conmigo.

«Es muchas cosas. A veces, demasiadas», pienso mientras seguimos preparando la mesa y en la radio alguien se ríe. Hablan de uvas, de años anteriores y de cosas que no interesan nada. Lugares comunes. Huecos. Ruido navideño.

Falta poco.

Deben de estar a punto de llegar.

## Dos

Mamá se vuelve a mirar hacia la cocina y entrecierra los ojos. Hay demasiadas lámparas encendidas y la ftofobia —la suya— no perdona. Un sesenta y cuatro por ciento de discapacidad; eso es —entre otras muchas cosas— mamá, aunque en la ONCE no la admitieron en su día porque nos dijeron que la ftofobia no era certificable y solo aceptaban a gente con discapacidad visual no menor del sesenta y cinco por ciento. Cuando salimos de la consulta del médico que la evaluó (un tipo infame con los dientes marrones y una joroba como una colina galesa que ni siquiera se levantó a saludarnos cuando entramos y que no miró a mamá en ningún momento), nos sentamos en una terraza a tomar algo. Era agosto y hacía un calor espantoso. Mamá estaba ausente, disfrutando de su cerveza como una niña. El asfalto ardía. El aire también.

—Bueno —dijo por fin con los bigotes llenos de espuma y una sonrisa de felicidad que auguraba una de esas salidas que Silvia no suele encajar bien y que tío Eduardo, en su afán de sonar joven y al día, califica como «de flipar»—. ¿Ves como no estoy tan mal?

La miré.

—No —dije con la mandíbula apretada—. Llevas un año magnífico, la verdad. Solamente te han quitado de la espalda dos melanomas, no ves tres en un burro y vives en un piso de protección oficial para mayores de sesenta y cinco con una perra minúscula que come klee-

nex usados y una vecina llamada Eugenia que vende Tupperware de extranjis y tira la basura al contenedor por la ventana. Estás es-tu-pen-da, mamá. Todos estamos estupendos. De hecho, somos la Familia Estupenda. No sé por qué no nos han llamado de *Informe Semanal* para el especial de verano.

Arrugó el morro un poco y luego se tomó un buen trago de cerveza.

—Qué exagerado, hijo —replicó, negando con la cabeza—. Tienes rabia. Lo percibo. —Y poniendo los ojos en blanco, añadió—: Es una corriente vibratoria que siento aquí —remató, apoyándose los índices en el esternón.

Sí, tenía rabia. Y mucha. Contra el médico jorobado de los ciegos, contra el calor demoniaco de ese mediodía infernal y contra mí mismo por no ser capaz de tomarme las cosas con el humor y la despreocupación de mamá. «Debería volver a fumar», pensé en un arrebató de mal genio mientras la veía mojar otra vez los bigotes en espuma con cara de felicidad. No pude evitar soltarle un nuevo latigazo:

—Hay que ver, desde que sabes que solo tienes un sesenta y cuatro por ciento de discapacidad te has vuelto muy observadora, mamá.

—Ji, ji, ji. —La risilla, la suya, se convirtió en tos, y la tos esparció un reguero de espuma por toda la mesa. Cuando quiso coger una servilleta para limpiarla, la mano barrió todo lo que encontró a su paso y la botella salió disparada hacia la acera, rodando hasta la alcantari-lla. Dos chicos repletos de tatuajes que estaban sentados en el respaldo de un banco, intercambiando algo que no eran cromos y escuchando una música rapera en un teléfono de esos que venden en los «paquis», se pusieron a aplaudir.

—Qué monos —dijo mamá, saludándolos con la mano. Ellos le sonrieron. Entre los dientes del de la izquierda brillaron un par de fundas de oro y un brillante. El de la derecha se colocó un porro en la boca y le dio una

calada que le debió de calcinar la mitad del cerebro—. ¿Ves como no estoy tan mal?

No pude evitar una sonrisa. En ese momento le sonó el móvil, una especie de mamotreto con pantalla fosforescente y teclas como platos que le había traído tío Eduardo de Hong Kong y del que cada vez que alguien llamaba saltaba la voz de una china que declamaba a grito pelado una página entera del *I Ching*.

—¡Eduardo! —gritó mamá cuando por fin pudo contestar y la china dejó de salmodiar con voz metálica—. Sí, sí, sí. Estoy aquí con Fer, en una terracita. Sí. No. Ah. Qué bien. No, no me han dado la subvención porque me falta un punto. ¿A que es fantástico? Si es que ya lo sabía yo. Estoy estupenda. Claro. Sí, celebrándolo con una cerveza. Ay, no sabes los nervios que he pasado, Eduardo. ¿Te imaginas que me meten en uno de esos quioscos con un perro a vender rasca-rasca? ¡Con lo que me gusta a mí jugar a la lotería!

Cuando colgó, guardó el teléfono en su funda de piel rosa de Bob Esponja y me miró.

—¿Te pasa algo?

Quise decirle que sí, que algo me pasaba, que habíamos ido hasta allí con aquel calor que fundía las palmeras un 17 de agosto buscando algo y que ese algo era una ayuda para que pudiera manejarse mejor en la vida; que la respuesta buena era «sí, señora, hay ayuda» y que la mala era «no, señora, no hay ayuda», pero la vi tan entusiasmada y tan feliz, protegiéndose los ojos con la mano para poder ver algo y esa cara de no haber roto nunca un plato, que mi respuesta fue:

—Cómo me gustaría que me gustara la cerveza.

Ella torció un poco la boca y suspiró.

—Mmm.... Todo es cuestión de intentarlo, hijo. —Tomó un par de sorbos mientras desde el banco de los dos adolescentes nos llegaba una nube tóxica de porro que me llenó los ojos de lágrimas y en la que mamá ni siquiera reparó—. A mí al principio, y te hablo de hace

muchos años, no me gustaba, no había manera. Me daba un asco... y ahora ya ves. —Tomó otro buen trago y remató con—: Oye, a lo mejor podrías pedirle a Ingrid que te hiciera reiki. Total, si trabaja con alcohólicos y con animales, igual también trabaja con abstemios.

Tragué saliva. Ingrid es una amiga sueca de mamá. Tiene cincuenta años y, además de trabajar en un turoperador de viajes de aventura a las ex repúblicas soviéticas, está enamorada de Arundel, un chico veinticinco años menor que ella al que estuvo viendo solo media hora al día durante una semana —Ingrid estaba lesionada porque en una sesión de chamanismo, el chamán le había atizado con una especie de maraca de hierro en la cadera y se la había desplazado un poco, y Arundel era su fisio—. El chico en cuestión, que ya entonces estaba casado y tenía un hijo, se había vuelto a Venezuela poco después de terminar su máster en Barcelona y desde entonces Ingrid ahorra como una posesa durante el año para pasar el verano en alguna ONG de Caracas, porque después de haber leído *El secreto* está convencida de que el destino la llevará hasta Arundel y de que él la espera, aunque el pobre todavía no lo sepa. Ingrid es además maestra de reiki para animales de granja, pero no practica mucho porque hace unos meses realizó una práctica con un semental de caballo árabe y el caballo intentó montarla, y, como ella se resistió, el bicho le arrancó la mitad del pelo.

—Mamá, Ingrid es una chiflada que un día aparecerá troceada en la hoguera de algún chamán de esos que la fustigan en público. No fastidies.

Se llevó la mano a la mejilla y negó despacio con la cabeza.

—¿Tú crees? Pobrecita, si es que es tan buena... ¿sabes que no cobra a sus pacientes?

—No, pero no me extraña. De hecho, lo que me extraña es que tenga pacientes.

—Y el otro día me contó que un señor le pidió si po-

día hacerle reiki en... bueno, en las cositas, porque no le funcionaba el... aparato, y a la muy boba no se le ocurrió otra cosa que decirle que sí.

—¿Y?

—Pues que le puso las manos.

—¿Y?

—Pues que parece que funcionó.

—Mamá...

—Y se le hizo la cosa encima.

—¡Mamá!

—Ay, hijo, yo te cuento lo que ella me dice.

En fin. Que mamá no ve. A eso iba. Y menos cuando hay exceso de luz. Y cuando no ve y, como ahora, está sentada a una mesa, hay que ir vigilándola porque como mueve las manos como las mueve, suele terminar todo en el suelo. A veces, hasta ella.

—¿Quieres que apague alguna lámpara, mamá?

Parpadea y se mete una uva en la boca. Luego niega despacio con la cabeza y se cubre los ojos con la mano a modo de visera. Y dice:

—Me da en la nariz que a tu hermana le pasa algo.

Me encojo un poco. Cuando mamá empieza con uno de sus «me da en la nariz», sé que no vamos a terminar bien, porque algo empieza a no estar bien. Me pregunto si sabe más de lo que dice y si lo que quiere es cotejar informaciones. No, no puede ser que Silvia le haya contado algo. A mamá no.

—Tengo dos hermanas, mamá —le digo, levantándome a apagar la radio e intentando quitar hierro a su comentario—. ¿De cuál de las dos estamos hablando?

—De Emma, claro.

Respiro más tranquilo.

—Ya, a Emma siempre le pasa algo.

Niega con la cabeza y chasquea la lengua.

—Qué cosas, ¿no? —dice, mientras pierde la mirada en la ventana—. A Emma siempre le pasa algo y a Silvia nunca le pasa nada. —Tiene razón. En su mecanismo

mental de peculiar andamiaje caben verdades que a veces suenan como bofetadas y que a todos nos desarman. Siempre ha sido así—. Y a ti... mmm... a ti ya podría empezar a pasarte alguna cosita, ¿no, cariño? —remata, volviéndose hacia mí.

Ya sabía yo que me iba a tocar. Y sé por qué lo dice. Ella también.

No insiste. En la radio un famoso canta un villancico y la entrevistadora cuenta una anécdota sobre una noche suya de fin de año en Roma que incluye lentejas y bragas rojas y que no tiene ninguna gracia. Son cerca de las nueve.

—Me gustaría que me gustara la Navidad —digo, cambiando de tercio—. Aunque fuera un poco. Como a la gente. A la gente normal, quiero decir.

Ella frunce el entrecejo e inclina un poco la cabeza. Luego apaga la radio y se hace el silencio.

—Ya —dice—. A mí me gusta mucho. La Navidad, digo. —Examina con atención una uva con la lupa que lleva siempre encima y añade, como si hablara consigo misma—: La gente normal, un poco menos.

Nos reímos, ella con esa risa tan contagiosa que a mí me puede, y yo con la que tengo, que a veces llega y otras no.

—Esa parece una frase de tío Eduardo.

—Es que *es* una frase de tío Eduardo —dice con una sonrisa. Desde mi iPhone no dejan de sonar timbres repetidos. Hasta cuatro tonos distintos que se intercalan y que a mamá le hacen mucha gracia: Facebook, Twitter, mails y también los whatsapps, sobre todo los del grupo de pádel, que con las semanas ha ido creciendo y en el que ahora intentan ponerse de acuerdo para jugar hasta treinta personas. La gente no descansa, ni siquiera en fin de año.

—Acuérdate de poner copas de champán solo para mí y para Silvia, ¿quieres? —dice mamá.

—¿Y para tío Eduardo no?

Niega con la cabeza.

—Ha dejado de beber. —Al ver que estoy a punto de decir algo, levanta la mano—. O eso dice.

Arqueo una ceja. Ella se encoge de hombros.

—No preguntes. Solo sé que ya no bebe. —Y luego—: Ya conoces a tu tío —añade, encogiéndose de hombros—. Algunas luces y muchas sombras. En su línea. —Cuenta otro grupo de doce uvas y cuando termina, añade—: Ah, también me ha dicho que tenía algo que contarnos.

—¿Algo que contarnos como qué?

—No lo sé, Fer —responde sin mirarme—. De tu tío se puede esperar cualquier cosa. Miedo me da.

Algunas luces y muchas sombras. Esa es una expresión muy nuestra, muy de los de sangre. La acuñó la abuela Ester al final, cuando las cataratas hicieron lo suyo, y lo hicieron bien, y ella se negó en redondo a operarse. La frase nos hizo gracia y poco a poco fuimos adoptándola y adaptándola a situaciones diversas, como cuando mamá nos preguntaba cómo estábamos y no nos apetecía dar demasiados detalles o cuando tocaba describir a alguien que había entrado en la vida de alguno de los tres y la cosa no estaba clara del todo. Luego, con el tiempo, ha terminado sirviendo un poco para todo: la fruta que no termina de convencer en el súper, un restaurante que no está mal, pero que tampoco mata... esas cosas.

Lo de algunas luces y muchas sombras me lleva indefectiblemente a pensar en papá. Y lo que pienso no es bueno. No hace falta que lo diga. De papá ya hemos hablado mucho mamá y yo. De lo que no es bueno, quiero decir.

—Parece mentira que haga casi cuatro años que papá ya no está —digo en cambio. No sé por qué lo digo. De repente me veo así, con una copa en cada mano, y no se me ocurre nada mejor que decir. Enseguida me arrepiento.

Mamá deja de contar uvas.

—¿Ah, sí? —pregunta con voz distraída— ¿Tantos? —Todos los años, en alguna de las comidas o cenas



que organizamos en Navidad, alguno de nosotros lo menciona y todos los años ella se hace la sorprendida.

—Sí.

—Vaya. —Suspira—. ¿Qué cosa, no? —Mete las uvas en un cuenco y lo deja a un lado—. Pues han dicho en la radio que este ha sido el diciembre más seco de los últimos treinta años. Y creo que en una cadena las campanadas las dan unos dibujos animados de esos para niños. Los Simpson o algo. ¿Qué te parece?

Mamá es especialista en sortear conversaciones que no le interesan. La poca visión y la torpeza con la que se mueve físicamente por el mundo contrastan con la buena cintura con la que se escabulle de todo lo que la incomoda. Sabe hablar así, en perpendicular a las intervenciones de los demás, como si jugara a Apalabrados. Desde que vive sola en este piso con su perrita, cuando no quiere seguir una conversación la cruza con una frase por la mitad para llevarte a cualquier otra. Ahora, recorriendo el comedor con la mirada, dice con voz de alarma:

—Espero que no me haya olvidado de limpiar nada. Ya sabes cómo se pone Lady Bayeta cuando le da por pasar el dedo por ahí.

Lady Bayeta es Silvia. El título fue una ocurrencia mía y solo lo compartimos mamá y yo, en secreto, desde que me contó que todos los jueves, cuando Silvia come aquí, en su casa, lo primero que hace después de darle a mamá un par de besos de esos de mejilla con mejilla, es correr a revisar cocina y baño. Normalmente termina con el delantal puesto, guantes de goma en ristre y bayeta al canto. Y bronca. A mamá, claro. «No puedes vivir así, mamá», le repite una y otra vez, cigarrillo en mano, tensa como una fusta. «Te va a comer la mierda.»

La escena es siempre la misma: Silvia masticando rabia y nicotina y mamá comiéndose un helado o una caja de galletas de chocolate con leche delante del televisor, concentrada en la telenovela de La 1. La que sea. «Ay, cariño», le contesta mamá con una sonrisa beatífica que es

en realidad una mueca de «me importa un bledo» y voz de abuelita buena, «no seas tan intolerante con tu madre, anda». Y luego, cuando ve que Silvia la mira como si quisiera fulminarla, intenta arreglarlo con uno de sus «total, un poco de polvo no hace daño a nadie. Tranquilízate y siéntate conmigo a ver la tele. Ven, cielo, ven», mientras le da unas palmaditas al cojín del sofá sin borrar un centímetro su sonrisa, como si hablara con una retrasada.

—¿Estás segura de que no viene con Peter? —le pregunto a mamá mientras voy poniendo los cubiertos de postre y las copas de vino en la mesa. Peter es el marido de Silvia, además de noruego, informático y tan callado que a veces da miedo. Silvia y él se conocieron en un simposio de optimización de recursos o algo así hace unos diez años, cuando ella llevaba otros diez viviendo con Sergio, un compañero de trabajo al que mamá y papá adoraban y al que ella dejó por Peter, porque según nos dijo: «Hay que saber cambiar de marcha a tiempo, aunque la dirección sea la misma y la velocidad también», una frase que tío Eduardo no tardó en aprovechar para traducírsela a mamá según su propio diccionario: «O sea, que al noruego le va la marcha. No como al otro». Mamá lo miró como si estuviera viendo pasar un taxi en mitad del desierto. Cuando por fin entendió el mensaje, tío Eduardo remató su resumen con un todavía menos afortunado «aunque no lo culpo, pobre. Dime tú qué hombre puede con una fiera como esta niña».

La cuestión es que, desde que Peter y Silvia viven juntos, él pasa siempre las Navidades en Tromsø —«esa ciudad donde a los universitarios les dan rayos uva para que no se suiciden y los supermercados tienen guardias de seguridad en la sección de licores», nos contó Silvia a su vuelta la primera vez que estuvo allí de vacaciones con Peter— con su madre y su hermano Adam, que, al parecer, era activista de Greenpeace en el mar del Norte, hasta que la policía lo pilló con dos kilos de cocaína escondidos en la bodega del barco con el que se dedicaba a

perseguir balleneros de día y a surtirlos de nieve artificial en puerto durante la noche. La versión siempre positiva de mamá es que Silvia y Peter pasan separados la Navidad porque «son una pareja muy *progresista*» y porque, como dice Ingrid, «siempre viene bien que los chakras se aireen y que las auras respiren». La versión de tío Eduardo es muy distinta: «Peter es de Marte y Silvia, del País de Nunca Jamás, y vete tú a saber por qué después de tantos años todavía no nos ha presentado a su familia el rarito ese, que con esos ojos de bacalao y ese pelo sucio seguro que tiene alguna cabaña escondida por ahí, en los hielos, llena de cadáveres de abuelos disecados».

Cuando le pregunto si está segura de que Peter no va a venir esta noche, mamá me mira y asiente.

—Del todo —contesta, agrupando cuchillos y tenedores de postre—. Silvia me ha llamado esta tarde y me ha dicho que vendría sola. Peter no vuelve de Noruega hasta el día 2.

—Qué pena —le digo—. Otro fin de año más sin poder disfrutar de la alegría y la simpatía de Peter. No sé si podremos superarlo.

Me mira y sonrío. Luego niega despacio con la cabeza.

—No seas malo —dice—. Peter es un buen chico. —Al ver mi cara de poco convencimiento, añade—: Y eso, estando la cosa como está, ya es mucho.

Cuando pongo las copas, ella me mira desde la mesa, volviendo a protegerse los ojos con la mano.

—Mejor lávalas —dice, soltando un suspiro de resignación—. Lady Bayeta seguro que termina metiéndolas en el lavavajillas. Ah, y ya que estás, pásame una Coca-Cola Light de la nevera, ¿quieres?

A punto estoy de preguntarle si quiere también que le dé un repaso a los cubiertos y a los vasos, pero en ese momento llaman al interfono y los dos perros rompen a ladrar como posesos, corriendo hacia la puerta.

—Ahí la tienes —suelta mamá con voz tensa. Y luego—: Ya está aquí tu hermana. —Va hacia el interfono,

abre y de vuelta al comedor deja entreabierto la puerta de la calle. Cuando se sienta de nuevo a la mesa, abre la lata de Coca-Cola, le da un buen trago y se queda mirando el cuadro que cuelga de la pared del salón, justo encima del sofá de piel blanco. Es un retrato enorme de la abuela Ester, con un marco de madera oscura y sobria. La abuela está sentada con la espalda muy recta y lleva un vestido de fiesta verde con un hombro al aire. Posa delante de una biblioteca de madera y mira muy seria al frente.

Los perros ladran, ansiosos por saludar a Silvia, que ya sube por la escalera, y mamá se vuelve a mirarme y dice:

—No sé por qué, pero llevo días con la sensación de que esta noche vamos a tener más de una sorpresa. —Luego olisquea el aire como un sabueso y agita los dedos de las manos en el aire, sobreexcitada—: Es como una vibración... mmm... holística, hijo. ¿Tú... no la notas?

«¿Ho... lística?»

He podido contener una carcajada, pero no he conseguido morderme a tiempo la lengua.

—Eso mismo dijiste el año pasado, mamá, y si mal no recuerdo tuvisteis una cena que fue todo menos holística, no fastidies. —Arruga el morro y suelta un pequeño suspiro de fastidio mientras yo anoto mentalmente que debo renovar esfuerzos por intentar que Ingrid y mamá dejen de verse tanto. Luego ella se vuelve a mirar el retrato de su madre, levanta la lata hacia el cuadro y se persigna una, dos y tres veces.

—Ay, mamá, menos mal que te fuiste a tiempo y no has tenido que ver en lo que nos hemos convertido. Aunque yo sé que tú nos entiendes, ¿verdad? —dice, bajando la voz, justo cuando la puerta se abre y Max salta sobre Silvia, empujándola con sus setenta y cinco kilos de gran danés cariñoso y baboso y mandándola directa contra la pared con un chillido.